

LUIS ALBERTO SANCHEZ

COMO CONOCI A RIVA
AGÜERO

72

A CORONICA, Nº 1. Organo del Departamento de Historia de la
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

1963



Como conocí a Riva Agüero

Por **LUIS ALBERTO SANCHEZ**

Aunque había leído las dos tesis de José de la Riva Agüero, siendo yo colegial, no las aprecié de veras hasta que el trato con su autor me las hizo más comprensibles y atractivas. Un vecino de mi calle, Víctor Zamora Torres, novio y después marido de mi prima Carmen Rosa, me regaló el "*Carácter de la literatura del Perú independiente*", con autógrafo de Don José; más tarde, conseguí donde mi encuadernador, don José Lenta, en la calle de Jesús María, un ejemplar empastado de "*La Historia en el Perú*". Esto último ocurrió hacia 1915, siendo yo todavía colegial. Solo ya alumno del segundo año de Letras, se produjo mi primer contacto personal con el afamado historiógrafo.

Nuestro profesor de Historia Crítica del Perú, don Carlos Wiese, gustaba de alternar sus clases con las conferencias de algunos especialistas. José de la Riva Agüero y Osma, un brillante egresado de San Marcos, estaba a cargo de la adjuntía de aquella cátedra. Wiese resolvió que ese año, el de 1918, el Adjunto dictara lo referente a Incas. Fue así como Riva Agüero hizo sus primeras armas pedagógicas. En total dio tres clases de dos horas cada una. Mi primera impresión fue confusa. Era Riva Agüero hombre de corta estatura, pero vivaz; los anteojos gruesos, sin marco, no lograban atenuar el brillo de unos ojos más bien grandes y cándidos aunque perspicaces. Tenía los hombros un tanto descolgados, tirados hacia atrás. Cuidaba el corte del bigotillo corto y presuntuoso, sobre unos labios de adolescente, pronunciados, es decir más bien gruesos. Era de nariz respingada, pero nada breve; las manos pequeñas; la voz algo opaca. Hablaba con innegable entusiasmo y don de contagio. Me cautivó su manera de enardecerse exponiendo y, como siempre fui devoto de la historia del Perú, me esforcé en captar sus observaciones, comprobar sus citas, completar sus datos, de modo que rehice las clases con mucha mayor fidelidad que Ricardo Jerí, taquígrafo oficial del Senado, a quien Riva Agüero contrató de su peculio, para que tomase y conservase las conferencias.

Jorge Guillermo Leguía, ferviente admirador de "la implacable lógica kantiana" (así decía él) de Riva Agüero me instó a que lo

visitáramos juntos. Así fuimos una tarde a la mansión de la calle de Lártiga, en cuyo segundo piso, entrando a la derecha, tenía su escritorio el entonces todavía vigente Jefe del Partido Nacional Democrático, al que Luis Fernán Cisneros apodaba burlescamente de Partido Futurista; oficiaba en esa fecha como "lector" de Riva Agüero un jubilado poeta, Manuel Ramón Beltroy. Beltroy tenía la voz meliflua, el ademán untuoso. Riva Agüero nos recibió, a eso de las siete de la noche, rodeado de una caterva de admiradores, entre ellos Alfredo Herrera y el poeta Daniel Ruzo, socios en una empresa que fructificó al año siguiente: la revista *Studium* de la Federación de Estudiantes. Alguien habló de mis apuntes de clase. Riva Agüero me los pidió. Tardé muy pocos días en entregárselos. Leído que los hubo me dijo: "Esto es más fidedigno que la taquigrafía de Jerí. Le ruego que me los deje porque pienso que sus apuntes sean la base de un libro sobre historia incaica". Tal es la razón por la que, años más tarde, dije que el libro de Riva Agüero "*Cultura incaica*" se basaba en informaciones mías: ni tanto ni tan poco, evidentemente.

Poco después, Herrera y Ruzo, organizaron un te de los universitarios a Riva Agüero, a causa de su cursillo. Se realizó en el Palais Concert, tuvo amplia publicidad y dio lugar a discursos que no encajaban con mi vocación sanmarquina. Se lo dije a Riva Agüero. Se rio francamente. Empezamos a ser amigos. Yo tenía dieciocho años, él treinta y tres.

Por lo menos una vez por semana acudí a la calle de Lártiga. Después se espaciaron las visitas. Pero, como teniendo lista la de Bachiller, andaba yo preocupado en armar mi tesis de doctor en Letras y ella versaría sobre los poetas del virreinato, como parte de una historia de la Literatura peruana que tenía ya en aljaba, Riva Agüero se interesó por mi tarea y un día, el 29 de junio de 1919, fijó Chorrillos como lugar para que yo le leyese mi primer capítulo y él me proporcionaría algunos detalles e informaciones de que disponía entre sus papeles de familia.

Pocas reuniones de mi vida han sido tan sugestivas como aquella. La casa chorrillana de Riva Agüero quedaba si mal no recuerdo, en la esquina de Lima y Bolognesi. Era enorme. Entrando a la derecha estaban el escritorio y la Biblioteca. Era día de los apóstoles San Pedro y San Pablo, patrón aquel de la villa de Chorrillos. Llegué al balneario como a las once de la mañana. Inmediatamente empezamos a leer mi capítulo. Cuando lo hube terminado, Riva Agüero, me dijo: "Mire, Sánchez, yo tengo aquí las libretas de servicios de Juan de Ribera y Dávalos, a quien elogia Cervantes, y de Sancho de Ribera y Bravo de Lagunas, ambos antepasados míos. Se las dejaré leer, pero antes permítame establecer una condición...."—¿Cuál?, pregunté curioso.

—“Pues, que usted elimine de su relato ciertas cosas un poco chocantes que dice sobre una tía mía...” —“¿Una tía suya?” —“Sí, me replicó: doña Leonor de Valenzuela. Usted la exhibe en pecaminosos amoríos con el Inquisidor Francisco de la Cruz, que fue quemado en efígie. Es un dato sin interés literario. Si usted lo suprime no pierde nada el capítulo, y en cambio deja de perder mi pecadora tía...” No titubeé! Suprimí el relato a cambio de los informes, pero conservé la nota de pie de página, referida al libro de José Toribio Medina sobre *“El Santo Oficio de la Inquisición en Lima”*. Riva Agüero me observó muy agudamente: “Eso no importa; deje usted la nota que nadie la leerá salvo los eruditos, y esos no la necesitan”. Quedó cerrado el trato.

Luego le mostré mis fichas sobre Amarilis, Bermúdez de la Torre (otro pariente suyo) y Diego de Aguilar. Las discutimos. Me dio muy útiles referencias.

Después del almuerzo, salimos a ver pasar la procesión. La imagen de San Pedro fue descendida hasta la playa, la colocaron en un bote pescador, y luego metieron en la mano de palo del Apóstol un pescado vivo, vibrante, eléctrico. Por la tarde tornamos a trabajar. Demoramos tomando nota. Me invitó a comer. La verdad, no esperaba la sorpresa que tuve. Al entrar a la sala, junto a la señora Dolores de Osma de la Riva Agüero, la madre, y a la solterona tía Julia, vi el rostro apergaminado del Conde Michelangelli, viudo de una Astete y Concha, y en contraste de edad la muy adolescente de Enrique Tenaud, un efebo a quien engreían las dos damas Osma. Fue una cena pintoresca y cordial. La tía Julia se afanaba en que no hubiera “corrientes de aire” que pudiesen dañar a José”. A las once volví en tranvía a Lima.

Días después, el 4 de Julio, se produjo el golpe de Estado que llevó a Augusto B. Leguía a la Presidencia de la República. En realidad Leguía había vuelto de Inglaterra con toda la fuerza de un caudillo popular, y había ganado las elecciones sobre su rival, el señor Antero Aspíllaga, pero existía la fundada sospecha de que el Presidente José Pardo se inclinaría a lo propuesto por un sector del civilismo, el cual pretendía desconocer los comicios mediante algún ardid leguleyesco y realizar la elección por el Congreso. Riva Agüero había tenido un incidente policial durante el primer gobierno de Leguía, en 1911. A raíz de un artículo suyo publicado en *“El Comercio”*, acerca de la situación política, el Ministro de Gobierno lo mandó detener; salió de la Prefectura a las pocas horas, gracias a la actitud valerosa de los estudiantes sanmarquinos, que pidieron y obtuvieron su libertad y, después, en la Cámara de Diputados, un voto de censura contra el Ministro, Dn. Juan de Dios Salazar y Oyarzábal: dichosos tiempos en que un mitin pacífico conseguía deshacer un entuerto policial y traer por tierra a un

Ministro. Riva Agüero, pues, tenía sangre en el ojo con respecto a Leguía, y una deuda contraída con la insurgencia estudiantil.

Cuando Leguía fue reconocido como Presidente Provisional el 4 de julio de 1919, Riva Agüero lanzó una declaración, a nombre de su partido, Nacional Democrático (fundado en 1912), condenando el asalto militar a Palacio. Fue una nota gallarda, pero, en seguida, comenzaron los desengaños. Primero uno, luego dos y después varios de los miembros del Comité Directivo del Partido manifestaron públicamente su disconformidad con la actitud de su jefe. Entre ellos recuerdo a Julio C. Tello, el insigne arqueólogo, quien naturalmente se inclinaba más a Leguía que al civilismo tradicional.

Me pareció obligatorio visitar en esos momentos a Riva Agüero. Subí a los altos de la calle de Lártiga, donde me desconcertó un tanto el silencio contrastante con la animación de meses atrás. Riva Agüero estaba prácticamente solo. Lo acompañaban su secretario Beltroy y su amigo y abogado el doctor Héctor Marisca. Hablamos largo. Me confió sus preocupaciones. Quedé perplejo. El hombre confesaba una noble angustia. Temía una dictadura vigorosa, y él no quería soportarla. Me habló de los dolores que amenazaban a la Patria, pero comprendí que en ello iba implícito su propia situación. Se veía ya enfrentado por el leguismo rozagante y poderoso, convertido en víctima propiciatoria. Se lo dije. No me negó que su destino personal no fuera parte de su preocupación por la colectividad.

Volví a visitarlo. Ello fue si no me equivoco a comienzos o mediados de agosto. En todo caso, muy poco antes de su viaje a Europa, a donde había estado ya en 1914. Salimos juntos. Me convidó a pasear en su auto, y nos dirigimos, por el centro hacia la entonces recién abierta avenida de Miramar. Al pasar por el teatro "Excelsior", Gastón Roger, siempre en guardia donjuanesca, nos saludó afectuosamente. Riva Agüero me dijo entonces que se iba, que no volvería mientras Leguía estuviera en el gobierno, que temía que Leguía se quedara por muy largo tiempo, que sería un régimen duro. Le contesté que a mi juicio, su deber era quedarse. Me contestó:

—"Mire usted Sánchez, el Partido Nacional Democrático, que parecía de tanta fuerza en las altas esferas, como partido de la inteligencia, no ha podido retener en su seno a gente como Tello, por quien tanto he hecho en Huarochirí, ni decidir a que jóvenes como usted se decidan a ingresar en él".

Fue un reproche velado, que me obligó a aclarar: "Ya se que varios de los estudiantes organizadores del homenaje a usted, pretendían que los demás nos enrolásemos en el partido. Creo que ha sido mejor respuesta, acompañarlo a usted hasta en estas horas malas, que firmar un registro y desaparecer en seguida. Además, no tengo vocación política". Esto último era, al menos entonces, absolutamente exacto.

Yo para ese tiempo tenía una sincera devoción histórica por Riva Agüero. El había demostrado su simpatía por mí en varias oportunidades. Así, cuando murió mi abuelo Rosendo, en agosto del 18, Riva Agüero acudió a nuestra casa de la esquina de San Marcelo y Acaquia Alta, se quedó mucho tiempo, me pidió insistentemente que usáramos su automóvil para arrastrar el duelo, estuvo deveras cordial. Ahora, en este duelo cívico suyo, el de agosto de 1919, me pareció indispensable estar a su lado. Lo estuve.

Días después, Riva Agüero partió hacia Europa. Muy pocos despidieron a mi amigo. Apenas se supo su partida, Luis Fernán Cisneros publicó unos traviesos "Ecos" en "La Prensa" en Lima, ascaeteando al viajero. José María de la Jara y Ureta, miembro del partido "futurista" y cercano amigo de Riva Agüero, salió generosamente a la palestra en defensa del ausente. Cisneros insistió irónicamente. Replicó La Jara. Fue una bella demostración de lealtad y valor cívico la de La Jara, escritor perezoso, castizo y fino, que había popularizado años atrás el pseudónimo de "Gil Guerra" y una irrestrañable adhesión política a Don Nicolás de Piérola. Riva Agüero también había sido pierolista, como los Osma, sus parientes y adversario de los Pardo, también gente de su sangre.

De acuerdo con Riva Agüero, Jorge Guillermo Leguía y yo decidimos seguir comunicándonos con él. Para Jorge Guillermo la situación era algo tensa. Había sido nombrado miembro de la Secretaría Presidencial, de su tío Augusto, el Presidente, de quien era Riva Agüero franco enemigo. Pero Jorge Guillermo admiraba de veras a Riva Agüero. Yo lo expresé así a éste en una primera parte. En su respuesta desde Burdeos, ya en 15 de julio de 1920, Riva Agüero me contestó mandando saludos a Jorge Guillermo, y diciendo en bellas palabras, que la política no debía perturbar la amistad y que consideraba a Jorge Guillermo y a mi, las más "fundadas esperanzas" de la nueva generación en materia de crítica literaria e histórica. Jorge Guillermo y yo anduvimos parando a la gente para mostrarles la carta. Era un espaldarazo inesperado. Raúl Porras nos hizo muchas bromas al respecto. El no simpatizaba entonces con Riva Agüero. La carta la he publicado en una *separata* del Boletín de Historia de la Facultad de Letras para que de ella quede constancia en beneficio de los tres.

Como es de uso no tardaron en escribir a mi amigo desde Lima, diciendo que yo había dicho o escrito que él Riva Agüero suscitaba las tendencias nacionalistas "apesar suyo". Don José me escribió una larguísima y bella carta de protesta (Santander, 24 de agosto de 1920), heridísimo mas que por los ataques de sus enemigos, por la tibieza con que sus amigos aceptaron aquellos y mucho más porque yo "el más lucía representante de la juventud de hoy" (Dios se lo pague) pudie-

ra siquiera admitir tal posibilidad. Me di cuenta de que el hombre sufría terriblemente de nostalgia y de hipersensibilidad. Le contesté poniendo los puntos sobre las ies, y él me lo agradeció muy de veras desde Logroño el 11 de Setiembre de 1920. Me aclaró allí que todo había sido fruto de referencias de terceros. ¡No ha cambiado Lima!

En esos días colaboré con Manuel Beltroy a la publicación trunca de la separata "*El Conde de la Granja*", que apareciera en *Mercurio Peruano*. Desde entonces escribe Riva Agüero con cierta periodicidad. Me contó sus impresiones del Mediterráneo. Empezó a tentarlo al fascismo: la marcha sobre Roma ocurrió en 1922, y Riva Agüero andaba en Italia. Luego le sugestionó el alzamiento de Primo de Rivera, a raíz del desastre de Annual. Era la etapa de los dictadores ostentosos y fanfarrones, con pujos de tradicionalista. El democrático Riva Agüero, el liberalísimo elogiador de González Prada y de Palma, más liberal de lo que se supone, cedía el paso a un corporativista de tipo nacionalista. En ese tiempo, quiso copiar no recuerdo que documentos en la Biblioteca Vaticana y la Biblioteca Imperial de Viena. Le exigieron credenciales de alguna entidad oficial. Me las pidió. Hablé a Gálvez, que era Decano de Letras, hacia enero de 1929, y le otorgamos una carta credencial que refrendó el Ministro de Instrucción y Culto, el doctor José Matías León, muy amigo de Riva Agüero. De esta suerte se operó una especie de acercamiento tácito entre el gobierno de Leguía y el ausente. Leguía, según me había dicho antes Jorge Guillermo (quien para esa fecha regresaba del destierro, a que lo condenara la filial adhesión a su padre, don Germán), Augusto Leguía, digo, estimaba mucho a Riva Agüero; según su vieja práctica, quería atraérselo. Yo a mi turno pensaba que él podía ser un gran Rector de San Marcos, habida cuenta de sus ideas liberales, su devoción por todo lo peruano, su señorío y su cultura. Yo no veía más allá, salvo que el Rector Deustua estaba ya muy cansado y se iba a jubilar en julio de 1930. Deustua, nacido en 1849, tenía entonces ya ochenta años: moriría a los 94. Consultó el caso a Riva Agüero, a comienzos del 30, pues encarábamos una transformación en San Marcos. Riva Agüero me contestó por cable que no podía decidir nada de momento, porque el estado de salud de su tía Julia era muy precario y que no podía dar ningún paso sin considerar tal circunstancia. Poco después moría la venerable tía Julia. Acababan de publicarse cuatro libros que hirieron la sensibilidad de Riva Agüero: "*Por la emancipación de la América Latina*" de Haya de la Torre, en Buenos Aires; "*Tempestad en los Andes*" de Luis Valcárcel, con prólogo de Mariátegui y colofón mío; "*Siete ensayos sobre la realidad peruana*" de Mariátegui, y el primer tomo de mi "*Literatura peruana*". Al acusarme recibo de este y del programa de mi curso universitario de Literatura Americana y del Perú, Riva Agüero me hizo confi-

dente de sus más profundos sentimientos y de sus convicciones patrióticas. No puedo dejar de transcribir algunos párrafos de esa carta que él me pidió entonces (Roma 28 de junio de 1929) que no saliera de mi en ese momento, pero han pasado ya treinta y tres años, durante los cuales cambiaron nuestras relaciones y nuestros sentimientos, y él murió hace dieciocho.

En esa hermosa carta me condecora con los siguientes conceptos :

"Yo querría, si muero sin retocar mis escritos, o si no alcanzo a corregirlos yo mismo, como principio a hacerlo, que fuera Ud. mi editor y anotador. Althaus me propone reimprimir en París mis estudios sobre los historiadores peruanos, y creo que este mismo año lo haré *sin innovar el texto*; pero para los otros opúsculos, confío, si la vida o la afición me faltan, que un tan buen amigo como Ud., en cuyo tino y justicia tengo probada confianza, me preste su concurso. Y aun desde ahora, como la ausencia es hermana gemela de la muerte, a esta distancia disfruto ya del íntimo consuelo, a través de las páginas de Ud. de verme comprendido y apreciado casi como si resucitara y me contemplara desde la más equitativa posteridad".

En esta carta Riva Agüero revela su criterio político : reconstrucción de la unidad peruboliviana, recuperación de Tacna y Arica, unidad latinoamericana frente a los Estados Unidos, fortalecimiento de los vínculos con España, sin desmedro de la revaluación del pasado indígena, rechazo del "pacifismo internacionalista" y del liberalismo, fe en que el verdadero nacionalismo será la reivindicación de lo indio. En suma, se proclama *reaccionario*, pero no conservador.

En esa misma carta agradece las gestiones mías y de José Gálvez para obtenerle las credenciales de la Facultad de Letras a fin de poder investigar en los archivos de Vaticano y Viena, y el nombramiento honorario que le confirió el Ministro León, es decir, el gobierno de Leguía.

A esa altura, frente a la tercera reelección de Leguía, las cosas habían cambiado. Además, se había firmado el Tratado de Límites con Colombia, el de Paz y Armisticio con Chile. La protesta de Riva Agüero lleva implícita, pues la revisión de este Tratado, por algún medio hasta hoy desconocido.

En 1930, la situación varió sensiblemente. Le escribí entonces, insistiendo en mi primitivo proyecto de que volviera como Rector de San Marcos. Pensaba yo que podía ser de gran utilidad a la Universidad. No conocía nada sobre sus profundas variaciones doctrinarias en pos del fascismo y del ultramontanismo. Yo iba a publicar mi "Don Manuel", y Riva Agüero había elogiado mucho de joven, a González Prada. Yo creía en la sinceridad democrática de Piérola, y Riva Agüero lo había enaltecido.

El 22 de agosto se produjo en Arequipa un estallido militar dirigido por el Comandante Sánchez Cerro, e inspirado, al menos en su manifiesto, por un grupo de civiles en que figuraban Manuel Bustamante de la Fuente, Manuel A. Vinelli y José Luis Bustamante y Rivero. El día domingo 24, la guarnición de Lima arrancaba la dimisión de Leguía. El hecho se consumó al amanecer del 25 : esa mañana o al día siguiente atracaba el barco a bordo del cual regresaba Riva Agüero. Si alguna decisión había tomado en el sentido de aceptar el ofrecimiento de la Rectoría de San Marcos, como pienso que pudo ser su inclinación, no se materializó. El 26, mediante el "decreto de la bota", era repuesto en la Rectoría el doctor José Matías Manzanilla. Reempezaba una vieja querrela.

Inmediatamente de la llegada de Riva Agüero nos pusimos en contacto. Fui a verlo en la misma casa de Lártiga. Lo encontré demasiado inquieto por su situación financiera. Colmó de reproches a su administrador, habló de que había disminuido sus ingresos, lo vi en posición de dueño de casa defraudado. Me produjo desconcertante impresión. Pero él era demasiado curioso y demasiado inteligente para no advertir aquello. Pocos días después me visitó en mi casa de Magdalena del Mar y me pidió que lo pusiera en contacto con la gente nueva. Organicé de acuerdo con él, un almuerzo en su residencia de Chorrillos. Recuerdo entre los asistentes a José Jiménez Borja, Martín Adán, Enrique Peña Barrenechea, Estuardo Núñez, tal vez Adolfo Westphalen y Jorge Basadre. Enseguida me pidió que lo conectara con los pintores. El indigenismo estaba en su apogeo. Lo llevé a la Escuela de San Ildefonso, y examinó con grandísimo interés las pinturas de José Sabogal, de Julia Codecido, de Camilo Blas. Al regresar al centro me habló de otros temas. Entre ellos de Haya de la Torre; se quejó de las alusiones que había leído en *Por la emancipación de la América Latina*, pero no censuró más.

En esos días, ya en noviembre del 30, una zancadilla del civilismo más retrógrado hizo caer al Ministro de Gobierno de la Junta, comandante Gustavo Jiménez. Lo reemplazó el coronel Antonio Beingolea, quien era una especie de Mayoral de la Hacienda Tumán, propiedad de los Pardos. De inmediato, el día de Tarapacá, el 27 de noviembre, se inició una péfida persecución contra los elementos jóvenes de la política, entre ellos yo mismo, acusándonos de conspiradores, lo que, al menos en mi caso, era totalmente falso. Si alguien conspiró entonces fue el sector joven del ejército con anuencia de Sánchez Cerro mismo; ya relataré en otro capítulo toda la verdad al respecto.

Al encontrarme sin saber cómo ni por qué comprometido en una conjura y víctima de persecución policial, acudí en plan investigador, a dos íntimos amigos míos que lo eran también del comandan-

te Sánchez Cerro, nuevo "amo del Perú". Me refiero a los entonces comandantes Gerardo Dianderas y Antonio Rodríguez. Los dos me respondieron que se trataba de una intriga originada en ciertos consejeros del comandante-presidente, bajo la inspiración de Alfredo Herrera, gratuito adversario mío desde la Universidad. Herrera ejercía el secretariado de la Presidencia. Como resultado del todo absurdo seguir en calidad de perseguido sin causa, pensé en que una conversación de tú a tú podía resolver las cosas, máxime cuando quienes me habían tentado políticamente (no para conspiraciones, sino para afiliamientos) estaban detenidos, como Carlos Manuel Cox, o se habían acogido al asilo, como Manuel Seoane. Era a fines de diciembre; pensé en Riva Agüero y le dirigí unas líneas solicitándole que esclareciera la raíz del asunto. Lo hizo en el acto. Habló con el Doctor Manuel Augusto Olaechea, flamante Ministro de Hacienda de la Junta, y me citó en el despacho de este para visitar a Sánchez Cerro; era en víspera de la Navidad de 1930.

Riva Agüero me esperó en su automóvil, en la Plaza de Buenos Aires. Llegamos juntos a Palacio. Olaechea nos condujo al despacho presidencial. Casi de inmediato salió a recibirnos Sánchez Cerro, vestido de plomo claro, tratando de ser cortés, sobre todo con Riva Agüero; conmigo fue ceremonioso. En otro lugar refiero esta entrevista, una de las más singulares y pintorescas que haya tenido yo en mi vida. Riva Agüero fue objeto de grandes halagos de parte del servil monarca provisorio; se lo quería atraer. Ahí supe que, al morir en Italia la madre de Riva Agüero, Sánchez Cerro, como becado del gobierno de Leguía, le visitó para expresarle su pésame, pero mi devoto amigo no se había dado cuenta del visitante ni de la visita. Ahora cambiaron cumplidos. En honor de la verdad, el civil fue más parco. Cuando salimos, casi a las puertas de la Residencia presidencial, Riva Agüero me cogió del brazo muy sigilosamente y me dijo:

— "Gracias, amigo Sánchez, muchas gracias".

— "Soy yo quien debo dárselas por su intervención, doctor, no entiendo que tenga usted que agradecerme a mí".

— "Se equivoca, Sánchez. Yo había aceptado en principio ser miembro del Congreso Constituyente que iba o va a convocar este... bárbaro. Pero, ahora, después de haberlo oído, sobre todo —subrayó picarescamente— eso de que si hay revolución se acuesta sin más ni más, sin pijamas, y se bebe al mismo tiempo una taza de te y otra de chocolate, no podría aceptar acompañarlo. Habría sido un error. Se lo debo a usted, Sánchez no cometerlo.

¡Buen humor de don José!.. Me acompañó hasta la Magdalena. Estuvo amable y burlón. Nos seguimos viendo. Poco después asistió a un almuerzo o comida en el Restaurante "Astoria" regentado por el

francés Grand Jean (no Fausto). Yo me había decidido a intervenir en política. Los marinos echaron a Sánchez Cerro. Surgió la Junta de Samanez Ocampo. Se lanzó la candidatura de don Arturo Osores. Llegó Haya de la Torre después de ocho años de destierro : el 15 de agosto de 1931. Riva Agüero era muy adicto de Osores; no obstante, un día me dijo :

"Si hubiera oportunidad, ya que usted es tan amigo de Haya de la Torre, me agradaría conocerlo, siempre que no sea algo forzado, que no aparezca como un deseo mío".

Entendí y me pareció conveniente, patriótico y grato relacionar a dos personas amigas que eran el uno un líder efectivo y el otro potencial. Invité a Haya de la Torre a tomar te en mi casa el 24 de setiembre a las 6 de la tarde, y a Riva Agüero, a lo mismo, con una hora de retraso, contando con la entonces incorregible impuntualidad de Haya. El día señalado, dando las 7 entraba Riva Agüero en casa. Conversó con todos. Al cabo de un rato preguntó por Haya. Le dije que iba a llegar de un momento a otro. No llegó hasta después de las 8. Riva Agüero se había despedido ya. Por su parte, Haya enseguida me preguntó por Riva Agüero desde su ingreso. Le dije lo ocurrido. Se lamentó mucho y muy de veras. Las elecciones se realizaron el 11 de octubre. Antes de eso, Riva Agüero que no se atrevía a apoyar francamente a La Jara y Ureta, su antiguo y leal amigo, optó por secundar a Sánchez Cerro, nuevamente en la carrera presidencial. Me pareció extraño después de lo que yo había visto y oído en noviembre anterior. Tuve que entenderlo a la luz de la teoría del "mal menor". Pero estoy seguro de que si el 24 de setiembre hubieran coincidido en casa Haya y Riva Agüero, habrían podido variar radicalmente las cosas del Perú.

En octubre me eligieron miembro de la Constituyente como representante por Lima. Riva Agüero me felicitó enseguida. Las buenas relaciones no se perturbaban por las discrepancias políticas. Durante aquel mi breve paso por el Congreso, recibí cuatro a cinco tarjetas de congratulación de Riva Agüero. Una de ellas, a raíz de una cita que hice de su bisabuelo respondiendo a Víctor Andrés Belaunde. Tuve la sensación, por la misiva, de que Riva Agüero no estimaba particularmente en aquel momento o por aquella circunstancia, a Belaunde.

Antes de esto, en el período de marzo a setiembre de 1931, Riva Agüero ejerció la alcaldía de Lima. Ejerciéndola me llamó un día a su despacho, en el Palacio de la Exposición, donde se encuentra ahora el Museo de Arte. El objeto del llamado era pedirme que los catedráticos de Letras postergáramos la elección de Jorge Guillermo Leguía para Historia de América a fin de dejar en paz a Pedro Dulanto, contemporáneo de Riva Agüero.

— Yo comprendo, Sánchez, que Jorge Leguía es un excelente hombre de estudio, pero quisiera que no se perturbara a Pedro, que aunque algo ocioso, no lo hace del todo mal, y lo necesita.

No le prometí nada. Recordé la generosa actitud de Jorge Guillermo cuando pudo ser martillo. Lo elegimos catedrático : Jorge era además Secretario General de la Universidad, bajo la Rectoría de José Antonio Encinas.

La Rectoría de Encinas significó la implantación del co-gobierno estudiantil, según el decreto ley de 7 de febrero de 1931. Riva Agüero a quien habíamos incorporado como Catedrático de Historia del Perú, aceptó esa situación. Al constituirse el Instituto de Historia de la Facultad de Letras, lo elegimos Presidente. La secretaría la ejercía un delegado alumno, Jorge Fernández Stoll, más tarde Ministro de Gobierno y Policía. Formábamos parte de dicho Instituto, como profesores, Basadre, Leguía, Abastos, yo; como alumnos, Fernández Stoll, Silva Salgado.

En julio o agosto de 1931 se presentó con inequívocos caracteres el propósito del grupo conservador universitario de relieves a toda costa a Víctor Andrés Belaunde, que en mayo había sido adversario, abrumadoramente derrotado, de Encinas para la Rectoría. En esa oportunidad la Facultad de Teología encabezada por Monseñor Phillips votó por Encinas. La Facultad de Jurisprudencia, por el voto de catedráticos y alumnos, eligió a Belaunde para una cátedra. Luego presentaron su candidatura para la de Historia Moderna en la Facultad de Letras : su opositor era Manuel G. Abastos. Ya contaré en otra oportunidad como se organizó el movimiento en torno de Abastos al que fui invitado por Jorge Basadre, quien luego abandonó el país. Se trata aquí de Riva Agüero. En segunda votación, después de un empate, Abastos ganó a Belaunde por dos votos. Jorge Guillermo decidió ese triunfo. Pretendieron entonces los simpatizantes de Belaunde organizar una conferencia en el General de San Marcos. Ya, anteriormente, Belaunde había pronunciado allí una disertación sobre Espinosa y Pascal. Encinas empezaba entonces su rectoría. Yo tuve noticia de ciertos preparativos del sector civilista, especialmente los afiliados al Lawn Tennis de la Exposición, para convertir la conferencia en manifestación política pro-conservadora, así como de la reacción de comunistas y procomunistas, entre ellos la escultora Carmen Saco, la escritora Angela Ramos, los miembros del Grupo Rojo Vanguardia de que formaban parte Tomás Escajadillo, Jorge Fernández Stoll, Gonzalo Otero Lora, Mario Samamé Boggio, Nicanor Silva Salgado, Jorge Patrón Irigoyen, Ricardo Palma Silva. Yo había fundado y dirigía el Departamento de Extensión Cultural, pero en aquella oportunidad invité al Rector Encinas a presidir la actuación. Me reservé el derecho de pro-

nunciar las palabras finales. Lo hice tratando de fijar la posición de la Universidad y de evitar un choque. Belaunde acompañado por Encinas, por mí y por su cuñado Francisco Moreyra, tuvo que salir por la Puerta de la Calle del Noviciado, mientras los comunistas y afines lo esperaban en la puerta de Derecho. Aquello había ocurrido hacia fines de 1931. La nueva tentativa se planteaba en agosto. Sucedió lo esperado. Los miembros de la Federación de Estudiantes, con Escajadillo a la cabeza, se opusieron a la nueva conferencia de Belaunde en San Marcos, enardecidos por los conatos conspiratorios mencionados. Hubo un tumulto muy estudiantil. Víctor Andrés Belaunde no pudo hablar. Al día subsiguiente, Riva Agüero renunciaba públicamente en carta violentísima a sus cargos en San Marcos, protestando contra el rechazo a Víctor Andrés y de contera contra el régimen del cogobierno que él había aceptado y al que había servido, sin queja alguna, durante varios meses. Cuando encontré a Riva Agüero, semanas después, le reproché ese acto. Le recordé que no podía rechazar un régimen que él había aceptado y que lo había honrado pese a conocidas diferencias ideológicas. Riva Agüero trató de explicarme su actitud a causa de fraterna amistad con Víctor Andrés. Yo no tenía nada contra éste desde un punto de vista personal. Al contrario había cooperado con él en "*Mercurio Peruano*". Además, me ha repugnado siempre la unilateralidad y el cerrilismo. Pero la reacción de Riva Agüero me pareció excesiva y mal fundada. Nos separamos disgustados.

En las elecciones del 11 de octubre, Haya fue derrotado mediante un flagrante fraude electoral de que hubo pruebas plenas sobre todo en los casos de Puno, Cajamarca, Lima y Piura. Yo como dije fui electo miembro de la Constituyente por el departamento de Lima, en la lista aprista. Riva Agüero no vaciló en felicitarme con gran señorío. Se lo agradecí y nos reconciliamos. Se instaló el congreso el 8 de diciembre, en medio del más espantoso oleaje de pasiones. Durante sus sesiones llevé la voz cantante aprista y tuve como rival a Víctor Andrés Belaunde. Un día, a propósito de no se que asunto nada parlamentario, Belaunde se refirió a las causas de la independencia del Perú. Yo había leído la noche anterior el viejo folleto "de las 28 causas", atribuido al bisabuelo de mi amigo Riva Agüero, publicado en "*Lima, capital de la opresión*", el año de 1818. Hallé que Belaunde repetía íntegros del viejo Riva Agüero y Sánchez Boquete y lo dije citando página y frases textuales. Fue un éxito de galería, que no me enorgullece ahora. Al volver a casa, la noche siguiente, tuve una grata sorpresa: Riva Agüero me había dejado una tarjeta por "su respuesta a Belaunde y su oportuno y grato recuerdo de mi bisabuelo". Era puntual siempre el amigo y maestro.

Sr. Dr. D. Luis Alberto Sánchez

1

Roma, 28 de Junio de 1929.

VIA SISTINA 50

Mi querido amigo: De regreso de París, tengo el placer de hallar su carta de Mayo; y al mismo tiempo, mi nombramiento para los archivos, tal como lo necesitaba y deseaba, ya refrendado por el Ministro León. Un millón gracias a Ud. y a Gálvez, y a todos los amigos que me lo han conseguido.

En París le haré copiar el manuscrito del judío portugués, y avengearle de Huamán Poma de Ayala. — Espero la prometeda y conseguida colección de nuestra Revista Histórica, a cuyo director, Carlos Romero, saludaré Ud. en mi nombre.

Ya tengo en los anaqueles de mi biblioteca romana los libros de Ud., a los que acabo de añadir el hermoso programa de su curso. Muy halagado quedo con las citas y críticas de Ud. Yo quería, si me fuera sin retocar mis escritos o si no alcanzo a corregirlos yo mismo, como principio a hacerlo, que fuera Ud. mi editor y anotador. Althaus me propone reimprimir en París mis estudios sobre los historiadores peruanos, y es lo que este mismo año lo haré sin innovar el texto; pero para los otros opúsculos confío, si la vida o la afición me faltan, que un tan buen amigo como Ud., en cuyo fino y juicio tengo probada confianza, me preste su concurso. Ya un desde a hora, como la ausencia es hermana gemela de la muerte, a esta distancia disputo ya del insomnio consuelo, a través de las páginas de Ud., de verme comprendido y apreciado, casi como si resucitara y me contemplara dentro de la más equitativa posteridad. — Mucho más que conservador (pag. 45 de su Literatura peruana), que podría significar acaudado con lo presente, he sido y soy reaccionario, como cuando como lo estoy de que en el decaimiento moral e intelectual de un mundo, ha de retrotraerse el ánimo hacia mejores épocas, para hallar de las sanas y nobles. El tiempo es una superstición. Atendámos a lo bueno; y no alabemos, ni a los caprichos y errores de un período, que por nos reformat.

no soy ni he sido un mero colonial. Mis sentimientos penen-
nistas no son un coqueteo ni una actitud interesada, como lo han
hecho lo da á entender. Le agradezco cordialmente á Ud. que haya
puesto de relieve la verdad e ingenuidad de mi inspiración patria,
en el capítulo tercero de su libro, El escenario. Cuanto he escrito lo demues-
tra á todo hombre de buena fe. Nuestra nacionalidad mestiza, precisa-
mente por serlo, tiene una finalidad doble, la cual, lejos de ser antitética,
es inseparable y consubstancial: dos semblantes de un mismo ser. El ideal
germano del Perú, como estado independiente, como país de verdad, no
puede ser en el fondo sino la reunión con Bolivia; y como necesario com-
plemento de ella, la reconquista de todo lo perdido desde el 79 por el
Sur, y la translación de la capital al Cuzco, La Paz ó Faena. Pero co-
mo eso no se puede obtener sin libre juego de alianzas y guerras,
que hoy los Estados Unidos prohíben, hay que recabar, en compañía de
todas las demás repúblicas americano-españolas, la plena independencia,
sin protectorados ni intervenciones más ó menos embosadas. Y para
ello es primario y urgentísimo el concierto hispano, la federación latina
americana, que será la tarea inexcusable de la generación futura. La
parte inicial de esta emancipación, de esta salvaguardia de nuestra
amenazada existencia mental, es el robustecimiento de la tradición
española, que es la que nos liga con los hermanos y aliados con-
tra el yugo y angui, pues el padre español es el tronco común,
y las madres indias fueron extranjeras ó enemigas. Antes de ser en el
Pacífico lo que debemos ser, el Perú Grande, importa que la América
Española se salve en su cultura latina, en su pronomia general,

En su autonomía intelectual y moral, y después en su íntegra soberanía política recuperada. Que salve su alma y su lengua castellana, y recobrará al fin su plena libertad material, hoy tan cohibida. Primum vivere. Si ahora nos dividimos utilizándolo sobre las diferencias nuestras, nos suicidamos todas, sencillamente. Por eso el ideal de nuestra civilización, panhispanista, pasa en este momento antes que el exclusivamente nuestro, vernáculo y doméstico, porque es aquel el medio y presuposición indispensable para que algún día logremos el específico ^{ideal} peruano, el nacionalista, más indígena que español. Pero aun cuando nuestros tataranietos, si son acaso más felices y enérgicos que nosotros, y no tienen que rendir a cada paso a las órdenes de Washington (de cuya esclavitud defendida no es imposible que coaliciones europeo-japonesas nos libren en este siglo XX o en el XXI, sin milagroso esfuerzo), aun cuando un día estos alto peruanos y bajo peruanos vivan unidos dentro de las comunes y ampliadas fronteras, histórica, legítima y naturalmente unos, Confederados contra la apreciable fuerza que en los países del Río de la Plata se constituye, y que no es por cierto una quimera, ese Gran Perú, país que resultará verdaderamente individualizado y considerable, ha de ser siempre de tradición y cultura españolas. No nos provecho ni gloria en que nos empenemos en ser, ni entonces ni hoy, meros mongoloides, ni en hablar quechua, todo lo cual ^{es}

y en el estado presente y futuro del mundo sin significancia debilidad y retraso. Los lauros de las repúblicas de Estonia y Lituania, en su estéril y ridiculo aislamiento seudoasiático, nos son de envidia. Y en cuanto a esas viejas tribus primitivas civilizaciones americanas, de escritura tan incipiente de obolominables sacrificios humanos y de ritual prostitución masculina en los templos, no eran arquetipos muy dignos de admirarse; y menos aún el socialismo de los Incas, tan enemigo de toda libertad, tan deprimente y asfixiante. Prefiero mil veces a mis padres los conquistadores, heroicos en su individualismo desenfundado, superhombres aunque fueran crueles y anárquicos. ¿Conoce Ud. el libro del francés Luis Baudin sobre el Imperio de los Incas? Es muy sugestivo al respecto.

No necesito advertirle que esta carta es estrictamente confidencial. En el actual momento sería inexplicable y aún no sé publicar estas ideas; pero en correspondencia amistosa a los equitativos juicios de Ud. acerca de mis ensayos, me ha parecido necesario explicarle mi íntima religión patriótica, mi programa ideal de auténtico peruano que inspira toda mi obra, incompleta, frívola pero sincera y me atrevo a decir que vibrante, el credo del cual he procurado no desviarme jamás y en el que me arraigo cada vez más profundamente. ¡Nuestra patria subsiste después de este penoso siglo, que será el decisivo, orde la prueba, el porvenir ha de justificar ese programa realizándolo, porque es la lógica actuación de nuestro destino nacional. O no somos nada más que una triste factoría, o seremos aquello.

He leído también con delectación su libro sobre Palma. ¿Légame mis páginas repuntadas sobre Baquijano?

De estrecha la mano,

Su muy verdadero amigo

Y. de la Riva-Agüero

El 6 de enero de 1932 hubo otra oportunidad para que Riva Agüero y Haya de la Torre se encontraran en casa. No fue posible terminar los arreglos, porque Haya acababa de regresar subrepticamente de Trujillo, y se mantenía en cierta clandestinidad, y Riva Agüero habría querido formalidades inaplicables. En la madrugada del 15 de febrero se inició la represión final contra el aprismo, empezando por sus parlamentarios que, sin embargo, éramos constitucionalmente inmunes. El 17 concurrimos sorpresivamente Carlos Manuel Cox y yo a la Cámara, burlando la vigilancia policial, a fin de responder a las declaraciones del gabinete Lanatta. En la madrugada del 18, la fuerza pública, armada hasta de ametralladoras, asaltaba el local del Congreso y nos conducía presos a una docena de congresistas. Cundieron la ira, la rebelión y el pánico en todo el país, Riva Agüero acudió a casa a expresar su sentimiento y su deseo de ser útil. Me conmoví cuando lo supe.

Partí al destierro. A mi padre, antiguo empleado público, con más de treinta años de servicios, lo arrojaron de su puesto por el delito de ser yo su hijo. En vano protestó en el Congreso mi compañero de cámara Emilio Romero, y en vano gestionó Riva Agüero una rectificación del abusivo acuerdo. Mi padre, que era orgulloso, rogó a Riva Agüero que no interviniera más, puesto que militaba en campo contrario. Yo escribí desde Panamá o Quito a Riva Agüero, dándole las gracias. Por eso, cuando a raíz de la amnistía del 10 de agosto de 1933, regresé al Perú el 1º de setiembre, me produjo vivo resentimiento recibir un recado de Riva Agüero: valiéndose de los buenos oficios de un entonces relacionado mío, Juan Vargas Quintanilla, me hizo dar la bienvenida, agregando que lo hacía por interpósita persona en vista de las circunstancias políticas. Pedí al intermediario que transmitiera mi respuesta: "Hemos sido demasiado amigos para usar de estos subterfugios; si no quiere o no puede visitarme para algo tan elemental como es la bienvenida, puede llamarme por teléfono; pero no lo acepto por encargo." Creo que estuve en mi derecho.

No nos volvimos a ver, aunque amigos y enemigos comunes trataron de acercarnos o distanciarnos, según el caso. Por fin, a raíz de la manifestación aprista de la Plaza de Acho en setiembre del mismo año 33, el general Benavides decidió cambiar su gabinete, cancelando al democrático Jorge Prado para sustituirlo con Riva Agüero, con un ministro de Gobierno de malos antecedentes políticos, el comandante Alfredo Henriad. Para entonces, ya Riva Agüero había pronunciado su discurso de la Recoleta (1932), discurso que significó expresa renuncia a su liberalismo juvenil, adhesión pública al fascismo, o sea en cierta forma la realización de los principios enunciados en su comentada carta de 1928. A grito herido voceó su reencontrado católi-

cismo, un tanto de corte mahometano por su belicosa intolerancia. Naturalmente, su Ministerio tendría que ser de guerra. Lo fue.

Yo daba clases en el Liceo Comercial del Perú, que contribuí a fundar en 1928, ejerciendo la representación de Pedro Benín Mujica. Me pagaban poco, pero puntualmente. También dictaban clase ahí Alberto y Ernesto Arca Parró, Antenor Orrego, Eloy Cabrera Charún, Andrés Echegaray, Ernesto Asher, todos bajo la dirección de Raúl Garbín. Pues a este le llamó Riva Agüero, ya ministro de Instrucción, para decirle lisa y llanamente: O usted despide a los maestros revolvedores que tiene en su Liceo, especialmente a Sánchez, o yo ordenaré que le hostilicen hasta donde puedan. Garbín alarmado voló a contármelo. Me dijo: "Prefiero que me cierrén el Liceo a cometer esa felonía". Y agregó: "Pero ¿no me había dicho usted que Riva Agüero era su amigo?"

El 6 de enero de 1934 se desencadenó una sañuda persecución contra una media docena de dirigentes apristas, acusándonos de un complot que no existió jamás, por lo menos en nuestras manos: el llamado "complot de los sargentos". Las víctimas de aquella estratagema fuimos Pedro Muñiz, Luis Heysen, Carlos Manuel Cox, Manuel Seoane, el coronel César Pardo y yo. Riva Agüero lanzó sus huestes policiales contra nosotros. Dio orden de capturarnos vivos o muertos. Sin embargo supe que en momentos de parlante solaz habría declarado al jefe máximo de la soplonería limeña, a Damián Mustiga, que él, Riva Agüero, seguía considerándose mi amigo: hasta hoy no he entendido eso que se llama "amor serrano", consistente en redoblar la adoración a quien nos hiere. En represalia descargué sobre Riva Agüero la furia de mi peor prosa, en la columna de *La Tribuna* clandestina. Antes, sobre un borrador de Seoane, que yo solo corregí y completé, hicimos la autopsia de la generación de Riva Agüero, documento que Ventura García Calderón, con su habitual vehemencia me atribuye totalmente en su libro "Nosotros", dedicado en gran parte a mi persona.

El insultante mote de "Sánchez Cerro erudito", que acuñé entonces, hirió en lo vivo a Riva Agüero. Más me hirió a mi vivir seis meses a salto de mata, sin poder ganar un centavo, ni salir de día, apartado de mi familia, y sobretodo de mis hijos pequeños, el menor de los cuales tenía entonces apenas cuatro años. Quien no ha tenido hijos ni deberes de corazón, no podrá jamás comprender ciertos matices de refinamiento en la crueldad. A nadie deseo esa experiencia.

Por fin, el general Benavides, en la urgencia de alcanzar respaldo para arreglar el infortunado conflicto con Colombia, resolvió desprenderse de Riva Agüero, y puso el cúmplase a la ley de divorcio. Hábil maña criolla. Riva Agüero renunció ostentoreamente, aunque, a renglón seguido, propuso una forma transaccional para quedarse de Ministro, salvando la cara, con el objeto de continuar su política de

agresión contra el aprismo que se había convertido en su "bete noire". La suerte estaba echada. Riva Agüero quedó fuera del ministerio y los apristas recuperamos el libre uso de nuestras prerrogativas ciudadanas. A mediados de mayo fui designado director de *La Tribuna*. Una mañana, viniendo de donde mi editor Domingo Miranda, que tenía su librería principal en la calle de Filipinas, vi que un caballero me saludaba batiendo la mano desde su automóvil. Me pareció ver visiones y volví el rostro a mirar de nuevo; la mano gordezuela tornó a saludarme: era Riva Agüero. No respondí a su saludo, no podría decir si deliberadamente o a causa de la paralización que me causó la sorpresa. El se quejó a un amigo común: le expliqué mi punto de vista. Lo encontró natural.

Meses después, el 26 o 27 de noviembre, me apresaron otra vez, a raíz de una conspiración fallida, la única en que realmente he intervenido aunque sin conocer detalles técnicos que, al serme revelados después me parecieron dignos de risa. En diciembre me lanzaron nuevamente al destierro. El 13 llegábamos a Chile, los primeros desterrados por Benavides, entre ellos los escritores Ciro Alegría y Juan José Lora.

La restablecida tiranía de Benavides nombró a Riva Agüero presidente de una Comisión expurgadora de textos escolares. De sus dictámenes inquisitoriales solo fue publicado, desde luego por *El Comercio*, el que declaraba peligroso, digno de las llamas y otras cosas peores, unos textos míos. Riva Agüero aconsejó que ellos fueran recogidos de las librerías y bibliotecas. Poco faltó para que me quemaran en efigie. Aquello me dejaba sin ninguna posibilidad de obtener sustento de Lima. Me perjudicó y peor que eso me lastimó. Y en un raptó de fundada, pero excesiva ira escribí una hoja terrible titulada "Ecce Riva Agüero". Gasté en imprimirla mis pocos ahorros. "*La Noche*" de Lima la reprodujo, condensada. Me cuentan que Riva Agüero se sintió espantosamente dolido. No era para menos: ya he dicho en mi discurso de agradecimiento al banquete que me ofrecieron en octubre de 1959, al cumplirse mis 40 años de publicista, cuánto me habría gustado no haber escrito aquella página. Pero, la escribí movido por la incomprensible saña de Riva Agüero, no solo contra mis ideas sino contra mi única forma de ganarme el sustento: la proveniente de mi pluma.

Cuando, en 1944 supe que Riva Agüero había fallecido solitario en un cuarto del Hotel Bolívar, yo estaba en Nueva York, en una modesta suite del viejo Hotel Marlton, de la calle 8, en plena entraña del Greenwich Village. Quise decir una palabra cínica de regocijo; no me brotó. Pudo más mi sentido de justicia, el aprecio a la obra egregia y una inevitable ternura de que no puedo desprenderme y que rodea e inmuta a mis amigos.

Cuando estuve de paso por Lima, en Noviembre de 1944, Raúl Porras y el Padre Plácido Ayala me contaron los detalles de aquel deceso. Todavía me mortifican.

Respeté y respeto en Riva Agüero la acuciosidad del investigador y la entereza del hombre. Fue muy apasionado, cierto, pero definido. El reproche mayor que se le puede dirigir es el de no haber realizado a cabalidad la obra para la que estuvo como pocos, preparado. Los años de autodesierto debieron ser más fecundos: se lo dije y trató de explicarse. Con sus conocimientos sobre el Perú, su amplia cultura, su capacidad de trabajo, sus disponibilidades de tiempo, sus medios, su indudable talento y su agresiva lógica, era el llamado a escribir la historia del Perú aunque fuese con las limitaciones de genealogía y credo que habría sido fácil descontar. Esto lo pensé y lo dije siempre. Hoy, traspuesta la edad a que llegó Riva Agüero, fallecido a los 59, reconsidero muchos juicios excesivos, sobre todo el vitriólico *Ecce Riva Agüero* y tiendo la mano de leal adversario y firme amigo a quien un día llamé maestro —y “no me corro”.

CARTAS DE JOSE DE LA RIVA AGUERO Y OSMA
A LUIS ALBERTO SANCHEZ

CARTA 1.

Hotel de Bordeaux
Bordeaux

Burdeos, 15 de Julio de 1920 (1)

Sr. Dr. Luis Alberto Sánchez

Mi querido amigo: Después de muchos/ meses de viaje por toda España, al regresar/ aquí, donde tengo que permanecer quince/ días, para consultar de nuevo con algunos/ médicos especialistas y acabar de curarme/ de algunos ligeros achaques, recibo una/ carta de Ud. de fecha atrasadísima, acom-/ pañada del folleto de su conferencia en el Conversatorio de la Federación Estudiantil so-/ bre los poetas de la revolución de la Independencia, que he leído con grandísimo gus-/ to (2). En la carta me pide Ud. datos sobre/ mi bisabuelo para una nueva conferencia (3)./ Como ha habido tan extraordinario retra-/ so en entregarme la carta de Ud., que llegó/ aquí mientras yo viajaba por España,/ temo que carezcan ya de objeto esos da-/ tos, por haberse realizado ya la conferen-/ cia; pero, si acaso no es así, y aun hay/ tiempo, puntualíceme Ud. cuáles necesita, que yo, agrupando los recuerdos de la corres-/ pondencia suya, que he leído (pero que no poseo

íntegro) procuraré satisfacerlo, por mucho/ que aquí carezca de papeles y apuntes. Escri- bame Ud. directamente al Consulado en Ma- drid (calle de Víctor Hugo, 1) porque (roto)/ a Madrid pronto, y allí me guardan mis/ cartas o me las envían donde estoy./

Hágame Ud. el favor de saludar/ afectuosamente en mi nombre a Jorge/ Guillermo Leguía (4) y decirle que le agradez-/ co el recuerdo que de mi hace en su estudio/ sobre la Lima del Siglo dieciocho, que he/ leído en el **Mercurio Peruano**. La políti-/ ca no puede ser razón para que se entibie/ mi muy sincera amistad con él; ni para/ desconocer que él, juntamente con Ud., consti-/ tuyen las dos mayores esperanzas de la crítica/ literaria e histórica en el Perú.

Crea Ud., mi querido amigo,// que lo aprecia muy de veras, lo recuer- da/ con cariño y le estrecha la mano efusiva-/ mente/ **J. de la Riva Agüero**.

P. D. ¿Cómo va el estudio sobre los poetas/ de la primera generación criolla? Si quiere Ud./ noticias sobre los Ribera, sobre la **Miscelá-/ nea** de Dávalos (5) o el poema de Carbajal, puedo/ hacérselas copiar en España./ Vale//

NOTAS A LA CARTA 1

(1) A la fecha, Riva Agüero llevaba diez meses de ausencia del Perú, por desición voluntaria. (2) El folleto a que se refiere es mío, titulado "**Los Poetas de la Revolución**", Lima, Imp. Torres Zumarán, 1919, y recoge la Segunda conferencia pronunciada en el Conversatorio Uníversitario, que animaban principalmente Raul Porras, Jorge Guillermo Leguía, Guillermo Luna Cartlan, Víctor Raúl Haya de la Torre, Ricardo Vegas García, Manuel Abastos, Jorge Basadre, José Quesada, Carlos Moreyra Paz Soldán, José Luis Llosa Belaunde y el autor de este comentario. (3) En efecto, compilé largo tiempo datos sobre el bisabuelo de Riva Agüero, en el afán de compe- netrarme de los motivos de su actitud ante los españoles y Bolívar y, poste- riormente, con la Confederación Perú-boliviana. Riva Agüero no llegó a mandarme nunca los datos mencionados, seguramente a causa de sus via- jes por Europa y sus preocupaciones; mis apuntes desaparecieron en una for- zada inspección de mi casa, por la polizontería criolla, en el año de 1932. (4) Este juicio sobre Jorge Guillermo Leguía y el que esto escribe nos hon- ran sin duda, pero Riva Agüero, por desgracia, no siguió más tarde esta decisión suya de 1920 tanto con Jorge Guillermo (supresión en el folleto so- bre Palma, en 1933) como conmigo (persecución personal en 1934, persecu- sión a mis libros en 1935). La carta, a pesar de todo, honra a su autor y mucho más a su destinatario que la ha tenido siempre en mucho. En esa fecha el destinatario no había cumplido aun los veinte años; Riva Agüero andaba por los treinta y cinco. (5) Tampoco recibí los datos sobre los Ri- bera, aunque debo declarar que Riva Agüero me dio acceso a las libretas de servicios de Juan Dávalos y Ribera, de Sancho de Ribera y Bravo de La- gunas, en junio de 1919, durante una visita a su biblioteca en Chorrillos. S.

CARTA 2.

Santander- Hotel Real Abierto Todo el Año.

24 de Agosto de 1920

Sr. Dr. Luis Alberto Sánchez. / Lima.

Mi querido amigo :/ Tengo una amistosa queja pa-/ ra con Ud. si no apreciara yo altamen-/ te su inteligencia y carácter, no se/ la expresaría; pero como creo que es/ Ud. capaz de entender y justificar/ mi afectuoso resentimiento, se la/ digo sin embajes.

Se que en uno de sus estudios/ sobre nuestros literatos, ha escrito Ud./ de mi que "acaso a pesar mío he ins/ pirado amor por los temas naciona/ les". ¿A pesar mío? ¿Por qué?/ ¿Me cree Ud. inconsciente? (1)

Aunque nuestro conocimien-/ to y trato no data de muchos años,/ tenía yo derecho para suponer/ que quien ha hablado conmigo, quien/ ha leído u hojeado lo poco que publico,/ no desconocería hasta ese lastimo/ so extremo mi esencia intelectual/ y sentimental, mi arraigado/ nacionalismo (2).

Yo substancialmente no/ tengo en mucho mi obra litera-/ ria y crítica; confieso sus debilida-/ des y deficiencias, sin esfuerzo ni/ ficción alguna. Para esa mez-/ quina vanidad, me sobra quizá/ algo de verdadero orgullo.

Es más : acepto como natu-/ ral y hasta satisfactorio que los/ sucios sa- yones de la política, los des-/ pechados abortados y miserables/ de todo orden, me ataquen y me/ injurien. Recibo ese bajo clamor,/ de inconfesable odio, como un ho-/ menaje. No serían lo que son, si/ fueran justos conmigo (3). Cuando/ yo, que en mi brevísima actuación/ no he abrigado sino propósitos gene-/ rosos y nobles, me he visto rodeado/ de inexplicable des- vío, antipatía/ mal disimulada, regateadas mis/ cualidades morales paran- gona-/ do injuriosamente con los medio-/ cres que yo conozco y se lo que valen,/ desdeñado en apariencia por los/ profesionales de la intriga y la ra-/ tería, de la servil sumisión, del/ chantage o del delito; acusado de/ carecer de espíritu de sacrificio por/ quienes eran incapaces de realizar-/ lo, y se indignaban porque no he con-/ fundido ni confundiré la honradez/ con la tontería; créame Ud., amigo/ mío : lo que no lograron las alaban-/ zas, lo han logrado esos ataques : me/ he ensoberbecido, porque he saborea-/ do el incomparable placer de des-/ preciar la ruindad humana.

Pero, lo que me apena indecible-/ mente, lo que no puedo resignar/ me a aceptar, no a imaginar, es/ que aquellos tan estólidos cargos/ que inventó y propagó la malevolencia, fomentada por la necedad, se/ hayan difun- dido hasta el punto/ de que en el campo de la buena fe/ hallen acogida, si- quiera sea dubita-/ tiva, siquiera sea tenuísima; que/ anublen entendi- mientos selectos;/ que lleguen a introducirse en al-/ mas sanas como la de Vd; que los/ mejores representantes de la actual/ generación estudiosa del Perú du/ den de mi patriotismo. Es el colmo./ Yo pregunto si alguno de los de/ mi edad o menores, ha revelado fervor patrio como el mío; si de/ mi pluma o de mis labios ha sali-/ do palabra que no fuera encami-/ nada a enaltecer, a servir, a hacer amar y conocer al Perú. Mis en-/ sayos de toda clase, mi amorosa/ y exclusiva concentración en los te-/ mas de literatura e historia perua-/ nas, mis rebuscas en los archivos co-/ loniales, mi reivindicación del pa-/ sado indígena, mi constante defen-/ sa de la antigua

confederación perú-bo- / liviana, mis exhortaciones de siem- / pre, todos mis actos revelan a quien/ no sea ciego de alma, cuál es el/ temple de mi nacionalismo y/ cuál el supremo ideal de mi vida./ Permítame Vd. este desahogo, que/ no es una vana jactancia. Podrán/ igualarme en la intensidad del/ peruanismo; aunque hasta hoy/ no veo quienes! pero nadie/ puede superarme en la sinceri- / dad, la vibración y la hondura de mi/ sentimiento patrio. Por lo mismo que/ amo y venero todos los elementos fun- / damentales que han entrado en la/ secular composición de la nacionali- / dad peruana (4); por lo mismo que no / execro estúpidamente la tradición/ castellana, que la integró, y que en el/ movimiento de la emancipación/ republicana sé distinguir (como Ud./ mismo) lo que representó la legítima/ y peculiar reacción nuestra de lo que / fue nuestro desmedro y cuitada su- / jección a nuestros rivales; por lo mis- / mo que un americanismo hueco y/ pueril no me induce a sacrificar mi/ patria a sus antagónicos vecinos;/ por lo mismo, en fin, que ni liberalis- / mos pacifistas ni socialismos interna- / cionalistas me han contaminado nun- / ca, soy el que mejor personifica en el/ momento presente la genuina concien- / cia histórica del Perú. Yo no soy un tra- / ficante ni sacrilego simulador de/ patriotismo. Yo no tengo ambiciones/ materiales. Cuanto he hecho y he escrito/ lleva el más evidente sello de desinterés./ Si Vd. declara que mi obra despierta aten- / ción y cariño por los asuntos peruanos/ ¿a qué ha de deberse tal propiedad, y en buena lógica qué prueba?

Puedo soportar de mis paisanos los/ más injustos reproches, los más tristes/ desconocimientos, las más torpes o/ envenenadas críticas. Sólo una cosa no/ puedo ni debo tolerar : que el más lúcido/ representante de la juventud intelectual/ de mi tierra, por incertidumbres de redac- / ción o por acatamiento al frívolo y desa- / tinado ambiente, parezca, poner en duda/ el móvil de toda mi modesta, pero fer- / ventísima vida : mi culto idolátrico/ por el Perú. Ningún escritor coterráneo/ nuestro, de esta época, lo ha demostra- / do como yo. Podría, en verdad, ser mi lema : **“Si me juzgo, poco; si me comparo, mucho”**.

Ojalá pudiera Ud., estimado/ amigo, comprender, la justa vehe- / mencia de estas líneas; y conside- / rarme siempre, en la intención/ y en los hechos, como mi amistad y/ aprecio lo reclaman.

Le estrecha la mano/ su amigo afectísimo/ (firmado) **J. de la Riva Agüero**”

NOTAS A LA CARTA 2

(1) La referencia que motiva esta carta fue una deformación o exageración de un comentario periodístico mío, que algun oficioso “amigo” se apresuró a trasmitir a Riva Agüero, entonces autoexilado y por tanto hipersensible, lo que queda rectificado en la carta siguiente. (2) En efecto, conocí a Riva Agüero solo a mediados de 1918 y nos empezamos a tratar sólo desde entonces. (3) Se refiere probablemente a las críticas periodísticas desatadas a raíz de la voluntaria emigración de Riva Agüero, poco después del golpe de Estado de Leguía, en julio de 1919. Fue acerbamente criticado, y aun sujeto a pullas amables de parte de Luis Fernán Cisneros en la sección “Ecos” de La Prensa. (4) El halago que Riva Agüero me hace en esta alusión, no era común en él, por lo que aprecié profundamente su expresión.

C A R T A 3

Gran Hotel Logroño.
Propietario Esteban U. Troconiz.
Recomendamos en Miranda :
Gran Hotel Troconiz.

Logroño, 11 de Diciembre de 1920.

Sr. D. Luis Alberto Sánchez.

Mi querido amigo: En este momento recibo/ su afectuosa carta fechada en 3 de Noviembre; y me declaro-/ plena y superabundantemente satisfecho con ella. Yo en/ efecto, no conocía sino por referencia esas palabras; y después/ de las explicaciones de Vd., no hay ya para qué hablar de ellas,/ como no sea para congratularme yo mismo de una ocasión/ que me prueba que aun tengo algun amigo imparcial en/ la juventud inteligente del Perú-/ Acepto, con gratitud y/ regocijo muy sinceros, el ofrecimiento de la dedicación de su es/ tudio sobre los poetas coloniales. Su carta de Septiembre debe/ estar me esperando en Madrid. Aunque ahora me voy a Fran-/ cia, escribame Ud. siempre al Consulado General de Madrid, que ten-/ go extraordinario gusto en recibir letras de Vd/.

Como la emigración agría (borron) y quizá vuelve quis-/ quilloso, confieso que me ha dolido el desaire que nos ha hecho/ la misión diplomática en viaje a Chile, agravada con sus ignoran-/ cias imperdonables acerca de la situación de Arica. He expuesto/ mis quejas fundadas precisamente en la antigua y aun excesiva (1)/ hispanofilia del Perú tradicional en un reportaje a un diario de/ Santander. No se si lo reproducirán en Madrid y en Lima. Estoy de prisa, porque salgo de viaje; pero no he querido de/ morar la expresión de mi amistad. Le estrecha cordialmente las manos.

J. de la Riva Agüero.

NOTA A LA CARTA 3

La misión española a que se refiere Riva Agüero parece ser que fue la encabezada por el Cardenal Benlloch...

(1) Conviene recordar esta expresión insólita en Riva Agüero, pero revela la hipersensibilidad que le produjo su autodesierto al punto de llegar a vislumbrar "exceso" en la hispanofilia del Perú "tradicional".

C A R T A 4

Hotel Negresco,
37, Promenade des Anglais.
Nice.

12 de Enero de 1922.

Sr. D. Luis Alberto Sánchez.

Mi querido y recordado amigo :

En este momento recibo la/ carta de Vd. fechada el 13 de Ju-/ lio, primera de V. que veo desde/ fines de 1920, que fue cuando/ me llegó una suya

a Santander./ Esta que hoy leo con vivo placer,/ se ha quedado tan largos meses/ en Madrid por negligencia/ del Vice-Cónsul, que ha retenido/ allá toda mi correspondencia, (1)/ sabiendo que yo estaba en Suiza/ y Francia Mi dirección perma-/ nente a la cual debe Ud. siempre/ escribirme, y la única segura, es/ **París, rue Francois Premier, nú-/ mero 7, bajo cubierta re-**comenda-/da a **D. Manuel Zavala Zavala.**

Tampoco me ha llegado el/ ejemplar empastado de que me/ habla de los **Poetas de la/ Colonia**, libro que deseo mu-/ chísimo conocer. Deploro igual-/ mente no haberme enterado/ mientras estaba en Madrid,/ de su deseo de tener una copia/de la **Miscelánea** de Dávalos/ que le prometí en efecto (2). No vuel-/ vo a España hasta Abril. Enton-/ ces haré copiar esa obra. Puntualíceme Ud. las noticias/ que quiera sobre mi bisabuelo./ Los libros de Ventura, se los pe-/ diré a su autor a mi vuelta de/ Italia, que será a fines de Marzo/ ¿Conoce Ud. la edición que el ecuato-/ riano Jacinto Jijon ha hecho de/ **El Marañón** de Miramontes? (3)/ Puede facilitársele. Cuando vuelva/ a París, le enviaré un libro mío sobre/ los santanderinos en el Perú. Hoy le/ mando un folleto sobre nuestro siglo/ XVI (4) ¿Como sigue Ud. de la vista?/ Reciba un abrazo de su cordialísimo/ **J. de la Riva Agüero.**

NOTAS A LA CARTA 4

(1) La detención de la correspondencia obedeció al viajar el Cónsul, al hecho de que el Vice-Cónsul, queriendo ser grato al gobierno de Lima, se abstuvo de reexpedir las cartas destinadas a Riva Agüero, lo que impidió unas consultas que le hacía yo sobre determinados tópicos coloniales, el envío de las copias que le pedía etc. (2) Obtuve leer al fin la **Miscelánea** de Dávalos, en Quito la Biblioteca de Jacinto Jijón; publiqué una reseña de ella, omitida por algunos comentaristas posteriores de dicha obra, en el "Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos", Lima, 1924 (3) Error de Riva Agüero: no se trata de **El Marañón** sino de **Armas Antárticas**, ed. Quito, 1921. (4) El folleto es el prólogo de Riva Agüero, a la edición de documentos sobre "**La Audiencia de Lima**" hecha por Roberto Levillier, Madrid, 1922. Los documentos sobre el bisabuelo los solicitaba yo porque había emprendido un estudio sobre aquella figura con el ánimo de llegar a una interpretación correcta y saber si se debía atribuir su entendimiento con los españoles. a simple antibolivarismo, a un sentido sui generis del peruanismo como anticolombianismo, o a otra causa. Mis papeles desaparecieron en las fauces de la policía en 1932: confundieron las abreviaturas y siglas bibliográficas con una inexistente clave política: así me arrebataron el fruto de una investigación de diez años.

CARTA 5

Roma, 28 de junio de 1929.

Sr. Dr. D. Luis Alberto Sánchez (1)

Mi querido amigo: De regreso de París, tengo el placer de hallar su carta/ de Mayo; y al mismo tiempo, mi nombramiento para los archivos (2), tal como/ lo necesitaba y deseaba, ya refrendado por el Ministro León (3). Mil y mil gracias a Ud./ a Gálvez, y a todos los amigos que me lo han conseguido.

En París le haré copiar el Manuscrito del judío portugués, y averiguaré lo/ de Huamán Poma de Ayala. Espero la prometida y conseguida colección de nues-/ tra **Revista Histórica**, a cuyo Director, Carlos Romero, saludará Ud. en mi nombre (4).

Ya tengo en los anaqueles de mi biblioteca romana los libros de Ud., a los/ que acabo de añadir el hermoso programa de su curso. Muy halagado quedo/ con las citas y críticas de Ud. (5) Yo querría, si muero sin retocar mis escritos, o si/ no alcanzo a corregirlos yo mismo, como principio ha hacerlo, que fuera Ud. mi editor y anotador. Althaus (6) me propone reimprimir en París mis estu-/ dios sobre los historiadores peruanos, y creo que este mismo año lo haré sin/ innovar el texto; pero, para los otros opúsculos, confío, si la vida o la afición/ me faltan, que un tan buen amigo como Ud. en cuyo tino y justicia ten-/ go probada confianza me preste su concurso. Y aun desde ahora, como la au-/ sencia es hermana gemela de la muerte, a esta distancia disfruto ya del ínti-/ mo consuelo, a través de las páginas de Ud., de verme comprendido y apreciado./ casi como si resucitara y me contemplara desde la más equitativa pos-/ teridad —Mucho más que conservador (pág. 45 de su **Literatura Peruana**), (6)/ que podría significar acuerdo con lo presente, he sido y soy **reaccionario**, conven-/ cido como lo estoy de que en el decaimiento moral e intelectual del mundo,/ ha de retrotrarse el ánimo hacia mejores épocas para hablar de ideales sanos/ y nobles. El tiempo es una superstición. Atendamos a lo bueno; y no a la mo-/ da ni a los caprichos y errores de un período, que podemos reformar.// No soy ni he sido un mero **colonial**. Mis sentimientos perua-/ nistas no son un coqueteo ni una actitud interesada, como Mariá-/ tegui lo da a entender (7). Le agradezco cordialmente a Ud. que haya/ puesto de relieve la verdad e ingenuidad de mi inspiración patria, en el capítulo tercero de su libro **El Escenario** (8). Cuanto he escrito la demues-/ tra a todo hombre de buena fe. Nuestra nacionalidad mestiza precisa-/ mente por serlo, tiene una finalidad doble, la cual, lejos de ser antitético,/ es inseparable y consubstancial: dos semblantes de un mismo ser. El ideal/ genuino del Perú, como estado independiente, como país de verdad, no/ puede ser en el fondo sino la reunión con Bolivia; y, como necesario com-/ plemento de ella, la reconquista de todo lo perdido desde el 79 por el/ Sur, y la translación de la capital al Cuzco, La Paz o Tacna. Pero co-/ mo eso no se puede obtener sin libre juego de alianzas y guerras,/ que hoy los Estados Unidos prohíben, hay que recabar en compañía de/ todas las demás repúblicas americano-españolas (9), la plena independencia,/ sin protectorado ni intervenciones más o menos embozadas. Y para/ ello es primario y urgentísimo el concepto hispano, la federación latino-/ americana, que será la tarea inexcusable de la generación futura. La/ parte inicial de esta emancipación, de esta salva guardia de nuestra/ amenazada existencia mental, es el robustecimiento de la tradición/ española que es la que nos liga con los hermanos y aliados con-/ tra el yugo yanqui, pues el padre español es el tronco común,/ y las madres indias fueron extrañas o enemigas. Antes de ser en el/ Pacífico lo que debimos ser, el Perú grande, importa que la América/ española se salve en su cultura latina, en su fisonomía general (10)/ en su autonomía intelectual y moral, y después en su íntegra sobe-/ ranía política recuperada/ Que salve su alma y su lengua castella-/ nas y recobrará al fin su plena libertad material, hoy tan cohibida./ **Primum vivere**. Si ahora nos dividimos, utilizando las di-/ ferencias mestizas, nos suicidamos todos, sencillamente/. Por

eso el ideal de nuestra civilización, pan hispanista, pasa en este momento antes que el exclusivamente nuestro, vernáculo y doméstico, porque es aquél el medio y presuposición indispensable para que algún día logremos el específico ideal peruano, el nacionalista, más indígena que español (11). Pero, aun cuando nuestros tataranietos, si son acaso más felices y enérgicos que nosotros, y no tienen que rendirse a cada paso a las órdenes de Washington (de cuya esclavitud nefanda no es imposible que coaliciones europeas-japonesas nos libren en este siglo XX o en el XXI, sin milagroso esfuerzo), aun cuando un dichoso día altoperuanos y bajoperuanos vivan unidos dentro de las comunes y ampliadas fronteras, histórica, legítima y naturalmente unos, y confederados con la apreciable fuerza que en los países del Río de la Plata se constituye, y que no es por cierto una quimera, ese Gran Perú, país que resultará verdaderamente **individualizado** y considerable, ha de ser siempre de tradición y cultura españolas. Yo no veo provecho ni gloria en que nos empeñemos en ser, ni entonces ni hoy, meros mongoloides, ni en hablar quechua (12), todo lo cual aisla y en el estado presente y futuro del Mundo significa debilidad y retraso. Los lauros de las republiquetas de Estonia y Lituania, en su estéril y ridículo aislamiento seudoracial, no son de envidiar. Y en cuanto a esas nuestras primitivas civilizaciones americanas, de escritura tan incipiente de abominables sacrificios humanos, y de ritual prostitución masculina en los templos, no eran arquetipos muy dignos de admirarse; y menos aun el socialismo de los Incas, tan enemigo de toda libertad, tan deprimente y asfixiante. Prefiero mil veces a mis padres los conquistadores, heroicos, en su individualismo desenfrenado, superhombres aunque fueran crueles y anárquicos ¿Conoce Ud. el libro del francés Luis Baudin sobre el Imperio de los Incas? Es muy sugestivo al respecto//

No necesito advertirle que esta carta es estrictamente confidencial (13). En el actual momento sería ineficaz y aun nocivo publicar estas ideas; pero en correspondencia amistosa a los equitativos juicios de Ud. acerca de mis ensayos, me ha parecido necesario explicarle mi íntima religión patriótica, mi programa ideal de auténtico peruano que inspira toda mi obra incompleta, trunca, pero sincera y me atrevo a decir que vibrante, el credo del cual he procurado no desviarle jamás y en el que me arraigo cada vez más profundamente. Si nuestra patria subsiste después de este penoso siglo, que será el decisivo, el de la prueba, el porvenir ha de justificar ese programa realizándolo, porque es la lógica actuación de nuestro destino nacional. O no somos nada más que una triste factoría, o seremos aquello.//

He leído también con deleite sobre Palma (14) ¿Llegaron mis páginas refundidas sobre Baquíjano? Le estrecha la mano su verdadero amigo. **J. de la Riva Agüero.**

NOTAS A LA CARTA 5

(1) Con la prolijidad cortes de Riva Agüero, en esta carta me antepone el título de Doctor (Sr. Dr D.), en vez del anterior Señor don: yo era ya catedrático de San Marcos. (2) El nombramiento aludido es una autorización para representar al Perú y usar su nombre en cualquier incursión a los archivos de Viena, Vaticano, etc. La aprobamos en Facultad de Letras a iniciativa mía y de José Gálvez, que era su Decano, a raíz de la reforma iniciada por Leguía y su Ministro Oliveira, que no fue rechazada por Riva Agüero, según se ve. (3) El Ministro León aludido es el doctor José Matías

León, Ministro de Justicia Instrucción y Culto del gobierno de Leguía, hombre probo, recto y católico, que nombró además a Riva Agüero delegado ad honorem del Perú en una reunión histórica que se realizaba en Italia, a la que concurrió también el coronel e historiador Manuel C. Bonilla. (4) Riva Agüero conservó siempre cordial amistad con el historiador Carlos A. Romero tan calumniado después. Yo le envié la Revista histórica sin costo alguno, pero solo la recibió a su regreso al Perú en 1930, porque la retuvo su apoderado el señor Morelli. (5) Se trata del Programa razonado de Literatura Americana y del Perú, que publiqué en 1928. (6) Se refiere a Emilio Althaus, ex-ministro de José Pardo y amigo de Riva Agüero. (7) Mariátegui acababa de publicar "**Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**", Lima, Minerva, 1928. (8) Se refiere al Tomo I de mi **Literatura Peruana**. (9) Esta afirmación constituye una curiosa coincidencia con lo que en esos momentos propagaban Haya de la Torre, Manuel Ugarte, Alfredo Palacios, en los ámbitos europeos y americanos, con la variante del énfasis puesto en lo español por Riva Agüero, y en lo raigal o indio por Haya de la Torre. La coincidencia es temática, pero no particular con la tesis aprista en general porque subraya la urgencia de la unidad latinoamericana; particular, porque insiste en lo hispánico y no en lo indio. El objetivo de este énfasis se dirige en esos momentos contra Mariátegui y Valcárcel, más no contra Haya de la Torre, que le era poco conocido. (10) Vale la pena subrayar la opinión de Riva Agüero aquí expresada: que "América se salve en su fisonomía general... y después en su íntegra soberanía política", lo que comporta una formulación espiritualista, nada marxista, pese a que enseguida menciona el "Primum vivere" sin comentarios. (11) La frase es digna de nota: "algún día logremos el específico ideal peruano, el nacionalista, **más indígena que español**", lo que representa una coincidencia con la definición de "etapa nacionalista" que repitiendo un texto italiano, fija Mariátegui para nuestro período indigenista literario. (12) La alusión al habla quechua se dirige contra Valcárcel y los indigenistas de ese tiempo, así como contra la pretensión comunista de formar repúblicas quechuas y aimaras. (13) La carta es confidencial a causa de "la actual situación política", o sea la de 1929 y el gobierno de Leguía; ha perdido ese carácter a los 33 de escrita y a los 18 de fallecido su autor, y cuando estas ideas han perdido sus aristas. (14) El artículo refundido sobre Baquijano lo entregué para su publicación a Jorge Guillermo Leguía, quien la realizó en el Bole-tín del Museo Bolivariano, correspondiente al mes de Agosto de 1929: en el epígrafe dice que se debe a gestión mía.



